

Fléchier

MEMORIAS SOBRE LOS «GRANDS JOURS» (1)

Es sabido que los Grands Jours fueron tribunales extraordinarios que los comisarios enviados por el rey tenían en las provincias, mal reguladas, para establecer allí el orden. Fléchier, «predicador del rey», sólido poeta latino y agradable poeta francés, hombre de mundo, vino en 1665 á los Grands Jours de Obernia con el hijo de M. de Caumartin, del cual era preceptor, y escribió la relación de este viaje para las personas de sus relaciones, narración muy exacta, muy mundana, muy florida y á veces un poco pesada; pintura de costumbres provincianas y de la urbanidad parisién, cuyos contrastes verídicos é involuntarios indican una revolución que se acaba: una aristocracia de pequeños tiranos, hombres de acción, convertida en reunión de cortesanos literatos y bien puestos.

(1) Edición Chéruef.

I

Fléquier vió los últimos sometidos á la prueba, y es necesario reconocer que trabajaron bien. En este país montañoso, sin caminos, garantido durante el invierno por las nieves, señores de pueblos aislados y aprovechándose de la atonía que había dejado la *Fronza*, viven, como en los buenos tiempos, á lo feudal. Había contra ellos «doce mil súplicas» y sentían de tal modo su remordimiento, que á la llegada de los jueces se produjo casi una huída general de toda la nobleza del país.»

El conde de Montvallat, «hombre muy afable y muy bueno», no huyó creyéndose inocente, que de tal modo eran sus pecadillos pequeños. «Si ocurría que alguno en sus tierras era acusado de asesinato, le prometía que saldría bien de la acción de la justicia; pero á condición de que le entregase á él una determinada cantidad de dinero. Si algún otro hubiera emprendido un procedimiento sobre la honradez de algunos de sus súbditos, hacía quemar las informaciones sobre la garantía de una obligación que él le daba.» Hacía valer «sus derechos de boda», y, cuando se quería redimir esta obligación, «costaba, con mucha frecuencia, la mitad de la dote de la recién casada».

Otros, como, por ejemplo, el marqués de Canillac, tenían más talento para explotar sus bienes. «Se cobraba en sus tierras los pechos del señor, los de la señora y los de todos los hijos de la casa, que sus súbditos estaban obligados á pagar, aparte de los

del rey. Les imponía sumas harto considerables sobre los comestibles que consumían ordinariamente, y como se practicara un poco señaladamente la abstinencia, él imponía el tributo á aquellos mismos que no comieran. Hacía por el menor motivo aprisionar y juzgar á los miserables y les obligaba á redimirse de la pena, mediante dinero. Les obligaba con frecuencia á cometer malas acciones, á fin de hacerles pagar luego por ellas, con mucho rigor; él mantenía en su torre doce malhechores, que llamaba sus doce apóstoles, y que catequizaban á quienes eran rebeldes á la ley de él, con la espada ó el palo.»

Este señor, al menos, tenía ingenio y practicaba galantemente el arte de ordeñar á las gentes. Otros allí procedían más sencillamente. El prior de San Germán, «honrado eclesiástico», y hombre de calidad, teniendo unas trabacuentas con cierta persona respecto á los intereses de sus arrendamientos, «la obligó á venir á la sacristía y le hizo dar allí de correazos.» Era esta una manera de citas y de rendimiento, de forma amistosa.—M. de Lamothe Tintry reclutaba jornaleros, con una gracia particular: «Había querido obligar á un campesino á que fuera á segar su prado y le había amenazado con un castigo si se negaba.» El campesino, hombre malhumorado, rehusó, y «M. de Lamothe Tintry, habiéndole hallado un día durmiendo bajo un árbol, le disparó un tiro de pistola, y, viendo que no le había matado, le acuchilló con su espada, reduciéndole así hasta el mayor extremo».

Otros obligaban á los indiscretos, aunque fueran eclesiásticos, á no mezclarse en sus asuntos amorosos.

El marqués de Canillac, hijo, habiendo encontrado á uno de estos importunos, llamado Antonio de Jusquet, sacerdote que iba revestido de sotana, gritó: «Muere, muere»; y le disparó un tiro de pistola en la paletilla izquierda; á continuación, el conde de Saint Point le disparó un tiro de mosquete, hiriéndole en los riñones, y cayendo Jusquet á tierra, se levantó sobre las rodillas y les dijo: «Señores, perdonadme la vida ó dejadme el tiempo necesario para rogar á mi Dios que me perdone, antes de que expire.» Hasta el abate de Saint Point le disparó otro tiro de mosquete, y después de él, su hermano, el conde y el joven marqués de Canillac mandaron á sus criados que disparasen contra el sacerdote, que así quedó en su sitio.»

Estos señores eran expeditivos, pero un poco precipitados. El barón de Sénégas era bastante más ingenioso é inventivo. Después de cometer muchas pillerías, usurpaciones y dos ó tres asesinatos, habiéndose «cierto súbdito quejado contra un hombre que estaba sometido á su jurisdicción, le hizo prender y le encerró en un armario muy húmedo, donde no podía estar ni de pie ni sentado, y allí recibía algún alimento para hacer su tormento más largo, de modo que habiendo pasado algunos meses en tan terrible calabozo y no respirando sino un poco aire corrompido, fué reducido á la mayor extremidad, y esto hizo que se le sacara medio muerto y completamente desconocido. Su rostro no tenía casi ninguna forma y sus vestidos estaban cubiertos de una eflorescencia, que la humedad y la corrupción le habían adherido.» Desgraciadamente, la lengua francesa ha

perdido una parte de su riqueza y por esto no puedo encontrar la expresión del tratamiento que M. de Espinchal dió á su paje y á su mujer. Los más bajos usos existían. Los canónigos regulares de San Agustín tenían «súbditos esclavos» y reclamaban las crías de sus esclavas, aunque fuera el padre un hombre libre. Fléchier halló en Oubernia un precioso y protector refugio del gobierno paternal.

Estos excelentes señores no estaban de acuerdo, pues se asesinaban entre sí, como en Italia en el siglo XV. Los pequeños despotismos privados engendraban las pequeñas guerras privadas, y estos reyes de campanario se trataban unos á otros, cada uno como acostumbra á tratar á sus campesinos. Fléchier no habla sino de choques, de soldados emboscados, de accidentes de las grandes caminatas y de asechanzas. El vizconde de la Mothe Canillac, no pudiendo recobrar 5.000 libras que había prestado á M. de Orsonnette, envió en muchas ocasiones «caballeros para que le esperasen á la salida de su casa y le asesinasen»; luego, habiendo sabido que aquel deudor recalcitrante habría de pasar por determinado paraje cierto día, fué á esperarle «con catorce individuos de los de su gente, bien montados y bien armados», y le dejó por muerto en el sitio (1).

A veces, á decir verdad, el duelo arrebataba las injurias; pero, de ordinario se optaba por acomodamientos como éste: M. de Beaufort Canillac, estando en una fiesta del pueblo, se trabó de palabras con un

(1) Muchas de estas citas están tomadas del diario de Dangeois, escribano de los *Grands Jours*.

hidalgo que se hallaba en una ventana. «Transportado de cólera, penetra en la casa acompañado por algunos amigos suyos y compañeros de calaveradas, y ataca al otro, que se defendía vigorosamente y parecía hombre de mucho valor. Pero fué dominado por el número, y muerto.» Esto era prontitud y hábito de no dejar para luego las buenas empresas. En San Francisco, por la noche, en el café, cuando se jugaba al dominó, si uno era contradicho por su contrario, se le descerrajaba un tiro en la cabeza, y ya no había más que decir. Lo mismo sucedía en Montferrand. «M. de Beauverger, acalorado por el vino, tuvo una disputa con un íntimo amigo suyo, y le disparó un tiro de pistola, dejándolo allí muerto.»

Además de matar por interés de uno mismo, se mataba en servicio de otros. Hacer una muerte constituía un servicio de poca importancia, que no podía uno excusarse de prestar á sus amigos. «Los señores Combalibœuf, dos jóvenes que tenían mucho ánimo y que pasaban por bravos en la provincia», fueron empleados por esta razón en matar á M. Dufour y á su hermano. «M. Dufour fué mortalmente herido de un pistoletazo, y temiendo que el golpe no fuese mortal, fué atravesado siete ú ocho veces con las espadas.» Preparábase una partida de matanza como si fuera una partida de caza, y se iba á esperar á un hombre para matarlo, como se puede ir á asechar conejos.

Si algunos jueces trataban de hacer justicia, ya le darían los señores á tales insolentes lo que merecían. Un notario tuvo que informar contra M. de Veyrac. «Aquello pareció tan extraño á este honrado hombre,

el cual no estaba acostumbrado á sufrir procedimientos de este género, que, reuniendo algunos de sus amigos y algunos hombres de espada de los pueblos vecinos, fué á sitiá la casa del notario», que se defendió tan bien, que para entrar M. de Veyrac se vió en la necesidad de «tratar con él y prometerle la vida»; pero una vez dentro, «no se creyó obligado á mantener su palabra y dió un tiro al notario, matándole y entregando luego su casa al saqueo». Cuanto á los corchetes, nacían predestinados á los disparos de mosquete, pena que sobrevenia cuando no eran sometidos más que á recibir latigazos. Varios de entre ellos tuvieron necesidad de ir á entregar un requerimiento á M. del Palais, culpable de un homicidio. El les metió miedo, y ellos se pusieron en salvo con gran presteza; pero luego, dormían tranquilamente á seis leguas de aquel lugar, «cuando hombres á caballo, de los servidores de del Palais, entraron violentamente en la posada y, haciendo más de veinte disparos de pistola, mataron á dos corchetes é hirieron por la espalda á otros tres». A los otros «se les dejó vivir, pero se les atormentó mucho; se les llevó hasta donde se hallaba del Palais, completamente desnudos, estando atravesándose lo más riguroso de la estación invernal; se les flageló con más de mil fustazos, durante el camino, y se les dejó luego marchar casi tan muertos como sus compañeros, con prohibición de mirar atrás, bajo pena de la vida.

Estas expoliaciones y estas muertes de los débiles, y estos cambios de asechanzas y de asesinatos entre los fuertes, esta costumbre de pisotear y burlar las leyes

y la justicia, componen, durante casi toda la Edad Media, las costumbres feudales; y después de haber estimado muy detenidamente los beneficios y las felicidades que esta Edad ofrecía, he acabado por creer que yo querría mejor haber vivido en un bosque y entre una manada de lobos.

II

Nuestros lobos feudales se enmendaron. El hacha de Richelieu contribuyó á ello, y el hacha de Luis XIV acabó la obra. El presidente de los Grands Jours arrasó los castillos y envió á sus dueños al destierro ó á la prisión ó á galeras; hizo atar en la rueda á los pecheros complicados en sus crímenes; abolió los derechos de justicia; confiscó los bienes; cortó la cabeza á muchos señores de los que cogió, y decapitó en efígie á los que huyeron. El orden quedó restablecido; el rey vino á ser el amo, y con esto la monarquía absoluta, y los grandes no tuvieron ya más sitio que en la corte.

Tuvieron que dejar sus castillos ennegrecidos, horadados por troneras enrejadas, plantados sobre las crestas de los basaltos, rodeados de fosos, adonde los torrentes pluviales se precipitan por entre las calcinadas rocas. Arrojan aquellos nobles la cota de vaqueta, enmohecida por la lluvia, deteriorada por la coraza; montan á caballo en regordetes y sólidos cuartagos, cuyo lomo endurecido conduce á su dueño y su equipo á través de las quebraduras y por las pen-

dientes, durante doce horas consecutivas, con un paso sostenido y tardo; y llegan á París, demandando de Colbert una pensión; asisten á la levatada del rey; se desbastan en las academias; compran pelucas, encajes y manguitos; hacen visita á su anciana amiga Mme. de Longueville, la bella frondera; luego, por encargo de ella, van á casa de alguna literata de su devoción, como Mme. Sablé, á fin de estudiar las nuevas maneras y el aire bello de las cosas. Si ellos no viniesen á París, sus hijos vendrían; y á padre palurdo, hijo galante. Los ojos, fatigados por la simplicidad irregular de los campos, reposan contemplando los jardines alineados de Le Nôtre, las coníferas de ornato y los olmos cuadriláteros. Al salir de los caminos fangosos, de los bosques lluviosos, de las tabernas lugareñas, de las sombrías estancias antiguas, gozan de las comodidades y la elegancia modernas, de los departamentos templados y engalanados, de los techos dorados y embellecidos con pinturas, de los artesonados recubiertos con arabescos, de las argentéas esculpidas, de los cristales resplandecientes. Después de los largos meses de invierno y malsana soledad, apenas interrumpida por la caza brutal y las groseras francachelas provincianas, se encuentran con las fiestas de la Isla encantada, las iluminaciones, los bailes de cuadro, los cambiantes de la seda y los brillantes, la ostentación de terciopelos y encajes, la magnificencia mesurada por el buen gusto nuevo, y la profusión selecta de la moderna industria, y se sientan y procuran conversar.

Sus conversaciones se resienten un poco de las

costumbres que acaban de dejar. La simpatía para todo el mundo, inventada por Voltaire, y las simpatías para los pobres, inventada por Rousseau, casi no aparece entre ellos. Fléchier cuenta horribles historias con un amable sonreír; por ejemplo, aquella del cura de Saint Babel, que hizo matar á bastonazos á un campesino enemigo suyo. El pobre hombre, «viéndose reducido á la muerte», demanda al cura la vida ó la absolución, y éste, por contestación, le descarga el último golpe. ¿Se ha visto jamás una absolución más fuerte que aquélla? Y la Iglesia, que repugna la sangre y la violencia, ¿ha tenido nunca Sacramentos que hagan morir?» Las gentes de aquel tiempo reían con demasiada buena voluntad, aun de los ahorcamientos y con muchísimo gusto, de los bastonazos, lo cual sucedía también en el siglo XVI (1). Un poco más adelante, el gracioso abate refiere que Mme. de Vieuxpont provoca á su marido á duelo. «La suegra, que no le cedía en audacia, por conservar á su avanzada edad el ser tan violenta como aquélla, le disparó al yerno un día un tiro de pistola, del cual le hirió, y le hizo así comprender que no debía jamás ampararse de las suegras.» Más adelante, habla el autor de una joven incendiaria y de mala vida, á quien se azota y se marca. Fléchier dice amablemente «que fué desterrada, á riesgo de que quemara aún alguna cosa y tuviese algunos hijos lejos de su país». En adelante, aparecen trozos filosóficos, sociales y humanitarios, de los que ha-

(1) Mme. de Sevigné á su hija, acerca de los campesinos de Breton.—Molière, *Passim*.

ceamos ahora caso omiso. En el siglo XVII se compadecían las desgracias de las gentes de aquella sociedad en que se vivía. Cuanto á la de los demás, sólo Fenelon creo que pensaba en ello. La provincia está muy lejos, y el pueblo no es de la misma especie que los señores.

Las mismas costumbres que explican los sentimientos puros, explican el estilo libre. Si Molière, con sus comedias á la mano, llamase hoy á la puerta del teatro francés, la gazmoñería moderna le rechazaría como grosero y escandaloso (1). En su tiempo, las damas de mayor delicadeza corrían á ver sus obras. Mme. de Sevigné refiere á su hija aventuras singulares, con detalles precisos, que hoy podrían tener lugar entre varones jóvenes, pero que no se tendría el atrevimiento de realizarlas entre hombres. El sabio modesto Fléchier, aunque futuro obispo, usa el mismo tono que todo aquel mundo. Adorna de gentileza mitológica las violaciones, los incestos, los partos, los infanticidios, y expone con un gesto elegante y un tono de voz encantador, abominables aventuras *medicales* y conyugales, que hoy no se escucharían casi más que en el despacho de un procurador del rey ó en el laboratorio de un médico. Es muy laxo en materias religiosas, y complaciendo mucho á los ultradevotos, no es respetuoso ni con los teólogos, ni con los monjes, ni con los ángeles guardianes, ni con las leyendas locales. Desenvuelve con una complacencia de orador, historias de curas y criadas, y, sin

(1) *Amphitryon, le Médecin malgré lui, etc.*

pensar á mal, da fraternalmente una mano á Lafontaine: «Se acusaría á este cura de haber instruido á sus feligreses de un modo completamente nuevo, de haberles inspirado otro amor que el de Dios, y de haberles hecho exhortaciones particulares muy diferentes de las pláticas que en público les dirige.» Dejo el resto en el libro, para quien quiera leerle, y no hago más que comentar. Fléchier no dejaba de ser por esto un sacerdote muy regular y de estar así considerado. Es que el clérigo autorizado, venerado, sin enemigos y sin rivales, tenía entonces el derecho de conversar y de reír. Hoy, un clérigo así, está obligado á afectar aire grave, severidad perfecta, pureza; tal es su coraza, y el defecto ó el mérito de ella, es á las fiestas laicas precisamente adonde les apremia llevarlos. Aquella seguridad es una característica dominante del siglo XVII; de aquí sus fiestas y su buen humor.

Hoy la lucha es general, y también lo serio, triste. Cada uno tiene que forjarse su «posición». En una sociedad de iguales no hay antepasado que valga ni fortuna: todos aquellos que tienen un nombre ó dinero, lo han ganado; y no se gana nada sino después de un combate obstinado, por la contención de espíritu, por el trabajo incesante y por el cálculo lento y triste. La vida no es hoy una fiesta en la cual se goza, sino un concurso donde se rivaliza. Únase á esto, que estamos obligados á formarnos nuestras opiniones. Y respecto á religión, filosofía, política, moral y arte, estamos obligados á inventar ó á elegir un sistema: invención laboriosa y elección dolorosa, bien diferentes de la feliz indiferencia que antiguamente ponía á

cada uno en la sumisión de la Iglesia y en la fidelidad del rey. La vida no es ya un salón donde se charla, sino un laboratorio donde se discurre. ¿Y creéis que un laboratorio ó un concurso sean lugares alegres? Las acciones allí están contraídas, los ojos fatigados, la frente pensativa, la mejillas pálidas. Juzgad por contraste del buen humor, de la alegría que había antes. El viaje de Fléchier, como el de Chapelle y Lafontaine, no son sino una sucesión de fiestas. Cuando los jueces están en Clermont, aquello es una fiesta completa: se festinea y se anda de cocina en cocina; alguno se da á comer á todas horas; otro, dejando una cuestión seria, va á solazarse en la comedia; otro, deja hecho un fallo de muerte para ir á bailar con toda su alma; el día se pasa en visita, en paseos de placer, y en conversaciones agradables; la velada en bailes y conciertos. «M. de Novion, el presidente, para descansar un poco de sus grandes ocupaciones, ó para complacer á sus señoritas hijas, de las cuales hace de padre y de amante, va á las reuniones y da él mismo el bouquet como si fuera un joven galante.» Se ve allí danzar la *goignade* con tan grandes torcimientos y tan atrevida, que probablemente haría enrojecer hoy de vergüenza á los púdicos *sergents de ville*, pero de la cual Fléchier no apartaba los ojos, y Mme. de Sevigné «ama la locura». Nada más natural y más prudente. Ya no hay que pensar en resistir al rey; no hay que resistir al pueblo; no hay que defender ni combatir al clero; no hay que conquistar nombre ni rango; y en esta ociosidad y esta libertad de espíritu, ¿qué puede hacer

un hombre rico y noble? Divertirse; y se divierte. La primera diversión es la galantería. En todos los tiempos y en todos los países, desde que un hombre y una mujer se reunen, ocurre una cosa de estas tres: ó se vuelven las espaldas, ó bostezan interiormente, ó hablan de amor. Aquí, como no se quiere bostezar y como no se pueden volver las espaldas, se habla de amor. Además, no hay ninguna cosa más conveniente á las costumbres guerreras, que acaban de desaparecer, y al gusto español, que es el que reina. En el siglo XVII había necesidad de ser un poco galante para ser de hecho un hombre honrado, y la urbanidad va siempre acompañada del arte de decir «dulzuras». Nuestro predicador Fléchier, tuvo una Iris, Mme. de Lavigne, la escribió muchas cartas y la dedicó muchos versos. Compuso su propio retrato para complacerla, y la dijo en estilo mesurado y delicado: «Mi corazón, señorita, no es digno de vos... Cuando á él se le toca, no hay nada más sensible... La dulzura, la honestidad y la buena conducta, son los primeros adornos que procura tener; es necesario, sin embargo, que la persona sea agradable y, aunque la razón sea la dueña, que los ojos puedan estar contentos... Cuando el negocio se ha terminado y él se ha dado, ha sido para siempre y sin reserva; también quiere que se le dé lo mismo y cree que un corazón que se divide no querrá entero el suyo. Es capaz de celos, y adonde quiera que llegue quiere ser distinguido y preferido... Es delicado y difícil de satisfacer respecto á lo que se debe cuando se ama; quiere que se le entienda á medias palabras, que se prevenga á sus

deseos, que se adivine lo que pueda agradarle; pero no exige de otro, nada que no se imponga él á sí mismo.» Este bello trozo da una idea de la galantería elegante y platónica que reinaba entonces en los salones; y los largos amores que Fléchier narra (1), acaban de pintar la gracia un poco insípida, las dulzuras respetuosas y el ceremonial ilimitado de aquel tiempo. Aquella galantería no tenía nada del ardor sensual que se ha visto en el siglo XVI en Francia ni del ardor exaltado que se vió en España en el siglo XVII. Se amaba la belleza de las mujeres casi lo mismo que se ama una flor ó un adorno. Fléchier elude las religiosas «veladas, que tienen no sé qué de triste y de contrario á su inclinación». Los rostros feos le producen miedo»; tiene sobre su mesa *El Arte de Amar*, lo presta á los provincianos, y «querría darles también el de ser amables»; tiene placer en contemplar las manos blancas, un color limpio y los ojos rientes. Todos allí miraban las cosas como él, y de aquí nacía una emoción promedia; y con sonrisa, se deslizaba en un oído complaciente algún soneto exagerado y plácido, ó el fino análisis de un sentimiento delicado y se acababa por una reverencia. Ningún amor refinaria más la cortesía ni convendría á la vida propia de los salones (2).

Aquella urbanidad imponía el tono general; el deber prescribía que se hablara siempre agradablemente y nunca con rudeza; en vez de exagerar la

(1) Historia de M. Fallet, 17.

(2) Véanse los enamorados de Racine, especialmente el feroz Hipólito, tan poco feroz.

sensación, cual hoy, se procuraba la dulzura y la gracia; en lugar de ahondar los contrastes, se establecían matices en gradación. Fléchier habla con voz casi baja, con tono siempre igual, sin gestos, con la sonrisa en los labios, como conviene cuando se está sentado en un hermoso sillón entre veinte personas escogidas, sabiendo muy bien que en semejante sitio las emociones fuertes producen el ridículo y que las elevaciones de la voz denuncian un grosero. Si se chancea, es un superficial; la presteza y la vivacidad excesivas serán allí consideradas como de mal tono; el estilo mesurado está de moda, se practica universalmente y con el mismo título que el arte de sujetar bien los encañonados y los alzacuellos. Ved estas burlas, indicadas apenas en su retrato de Mme. Metalon, vieja pedante que se cree una madre de la iglesia y que regentea imperiosamente los conventos: «El primer abuso que ella encuentra es que las ursulinas se levantan á las cuatro y media en el verano y á las cinco en el invierno; cree que es dormir demasiado tratándose de religiosas; que es hacer como las vírgenes locas del Evangelio, que se durmieron cuando tenían necesidad de recibir al esposo, y que no es necesario tanto reposo en el claustro. Quiso, pues, que en todo tiempo se levantaran á las cuatro, y así turbó el sueño de estas pobres muchachas. Su segunda ocurrencia fué que era necesario que ellas dijese el gran oficio de las fiestas y que hicieran cantar una misa alto, con diácono y subdiácono, no obstante algunas excepciones que tenían á causa de que instruían á las jóvenes, porque esto excita á la de-

voción y da una mejor idea de la religión, por las ceremonias exteriores; y el último desorden que ella encontró de bastante importancia, y que quiso reformar á toda costa, fué que las monjas llevaban un cinturón de lana en vez de llevarle de cuero, como dispone su Estatuto. He aquí lo que emprendió con mucho ahinco.» Todas estas burlas son divertidas, casi acariciadoras. Las alabanzas, aunque extremadas, son también un poco graciosas. Cuando se procura representarse los sentimientos de esta literatura, parece que uno respira el débil y suave perfume de una rosa de té seca y conservada durante cien años.

Pero el gran estilo oratorio de aquel tiempo se encarga de evaporarle: todo se disuelve y se borra en la larga frase periódica; el talento consiste en desenvolver; se analiza y se explica al infinito cuanto se toca. Voiture tenía necesidad de un enorme período para lanzar una palabra; Fléchier tiene necesidad de un enorme período para aventurar una declaración galante: «Si yo no tuviera el temor de que mi confianza fuera mal recibida, hace mucho tiempo, señora, que sabría todo el secreto de mi corazón, y no me hallaría más en la situación embarazosa que me hallo, de declararos una pasión que no os será totalmente desconocida; pero puesto que vos tenéis la bondad de ordenarme que os haga mi confianza, y hasta de prometerme guardar el secreto, os confesaré, señora, que amo, y amo apasionadamente, pero con todo el respeto posible, á la persona más amable del mundo.» Los arengadores de Tito Livio comienzan siempre con frases como estas, cuando se envuelven

en sus togas para salvar al Estado.—Naturalmente, este gusto oratorio enseñaría todos los efectos oratorios; Fléchier usa y abusa de la simetría y de la antítesis, y refiere del modo siguiente el discurso que los padres de la oratoria dirigieron á los magistrados: «Fué necesario arengar ante los primeros oradores del Parlamento, y predicar la justicia á aquellos que la hacen; fué necesario pronunciarles las máximas del Evangelio con tanta gravedad como ellos pronuncian sus fallos; ser el juez de los mismos jueces y hablarles de la carne con tanta autoridad, como hablan ellos de su Tribunal.» Estas oposiciones prolongadas gustaban en el siglo XVII, como una palabra picante gustaba en el siglo XVIII y como una imagen imprevista gusta hoy. Por la misma razón, se gustaba del orden en todas las cosas, una disposición calculada y proposiciones equilibradas en las diversas partes del discurso, de los exordios, de las transiciones y una conclusión. Fléchier compuso su diario con tanto cuidado como un sermón ó una tragedia. Se tenía el amor de la regla. Habiendo hecho el autor un poema latino sobre los *Grands Jours*, lo justifica en estos términos: «Este poema tiene tres partes: la preparación, la narración y la conclusión. La preparación contiene diez y siete versos. He aquí las observaciones que hago allí: primeramente, digo que el crimen reina todavía en medio del país; á continuación, indago las causas; después, hago esperar la venganza; en fin, yo anuncio, etc.» El plan de un madrigal era entonces tan estudiado y tan perfecto, como el de una exposición dirigida al Consejo de Estado.

¿No veis aquí á nuestros señores feudales muy afables y pulidos? En los altos compartimientos, cerca del lecho con baldaquín, á lo largo de una *ruelle* (1) preciosa, están hablando. *Clélie*, de mademoiselle de Scudéry, está sobre la mesa; Voiture suelta un chiste; M. de La Rochefoucauld, compone una máxima; el caballero de Méré hace la definición del hombre honrado; Mme. de Sablé, impone á los hombres la teoría de la adoración respetuosa y de la fidelidad española; Fléchier escucha, y alguna vez habla. Libre de sucesos humanos, de discusiones políticas y de controversias religiosas; libre de inquietudes, de pasiones y de revueltas, sus conversaciones se despliegan entre la galantería, entre los sentimientos y las diversiones de la sociedad, con una facilidad, una complacencia, una seguridad y una circunspección desconocidas hasta entonces y perdidas pronto. Fué en estos salones donde se hizo abrir por primera y última vez la delicada flor de la urbanidad, y comenzó á marchitarse al fin del siglo; Saint Simon y La Bruyère, hallaron ya groseros á los jóvenes.

(1) Espacio que queda entre los costados de la cama y la pared.